

Enriqueta Muñiz

HISTORIA DE UNA INVESTIGACIÓN

Operación Masacre de Rodolfo Walsh:
una revolución de periodismo (y amor)

Tal vez haya llegado el momento de decir por qué nos metimos en esto. Me consta que Walsh lo hizo por honrra, por rigor civil y periodístico, y por su demonio interior. Pero lo hizo con altura, plenamente consciente de los riesgos que corría, a sabiendas de

HISTORIA DE UNA INVESTIGACIÓN



Operación Masacre de Rodolfo Walsh:
una revolución de periodismo
(y amor)

Enriqueta Muñiz

Walsh en fragmentos

POR DANIEL LINK

El libro que el lector tiene en las manos es una pieza fundamental para comprender una de las más singulares y de las más revolucionarias experiencias en el contexto de las letras americanas (subrayo la palabra para que se comprenda que la uso a conciencia). Aunque *Operación masacre* (como experiencia de escritura, como experiencia periodística, como experiencia literaria y como experiencia de vida) ocupa un lugar que hoy sólo los necios o los mal intencionados pueden negarle, toda prueba adicional que nos evite confrontarnos con la banalidad del mal (o la maldad de los banales) será siempre bienvenida.

Este libro incluye:

- 1) El diario de trabajo de Enriqueta Muñiz mientras asistía a Rodolfo Walsh durante la investigación que culminó con la publicación de la primera edición de *Operación masacre* (1957), revisado y anotado por el propio Walsh (me emocionó reconocer su letra a primera vista).
- 2) Dos originales mecanografiados de cuentos publicados por Rodolfo Walsh (“Tres portugueses bajo un paraguas” y “Zugzwang”), acompañados de una breve nota mecanografiada (me emocionó reconocer la máquina de escribir de Walsh a primera vista) donde, entre otras cosas se lee: “En V. y L. [*Vea y Lea*] me han masacrado [la palabra aparece

entrecomillada a mano] el cuento. Como en cierto modo lo escribí para vos, te dejo una copia por si alguna vez te dan ganas de leerlo. Pero a V. no le entregues el otro que te di, rompelo simplemente. Por las dudas te dejo también una copia de la carta que acabo de despacharte”.

3) La carta consta de tres folios mecanografiados titulados “Diario para H. -31 de agosto, 1957” a los que se suman otros tres fechados en “Diciembre 19 y 20 (la segunda fecha agregada a mano), pero que parecen parte del mismo proyecto de escritura. Lo que allí se lee es extraordinario como índice de una intensísima relación afectiva, no comprometida por casi ninguno de los vicios a los que una sociedad sexista nos tiene acostumbrados. Incluye además un fragmento “de mi diario, de fecha 23 de setiembre de 1953, sin alterar nada”, un par de recuerdos sobre los años de internado de Walsh y el resumen de una novela policial en marcha.

4) La “Relación de Giunta” consta de dos folios mecanografiados que incluyen una transcripción incompleta de la declaración de Giunta sobre los sucesos del 9 de junio de 1956 que constituyen el núcleo de *Operación masacre*. Es un material valiosísimo para confrontar con la reconstrucción que realiza Walsh en la segunda parte del libro, “Los hechos”.

5) Tres poemas mecanografiados: dos sin título (en el mismo folio) fechados en 1953; otro “A un benteveo”, fechado en 1956:

tu pico se hundió en mi corazón:
te veo con mi corazón sangrante en el pico,
bien te veo, bien te veo.

6) Una breve nota de Walsh, manuscrita, a propósito del arte de fotografiar.

La generosidad de Enriqueta Muñiz, en primer término, y la de sus derechohabientes, ahora, nos permite conocer estos materiales preciosos que no modifican lo que sabíamos de *Operación masacre* pero le dan un alcance nuevo.

Como la mayoría de los papeles de Walsh fueron secuestrados de su casa, cada página que se agrega a su archivo supone un tesoro inconmensurable. La “obra”, que tiende a congelarse y, por lo tanto, a normalizarse

en el lugar (más o menos majestuoso) de lo ya sabido y a fetichizarse en la forma mercancía, recupera su plasticidad, se despereza y empieza a caminar de nuevo para toparse quién sabe con qué nuevas aventuras (de lectura).

De hecho, la publicación del diario de trabajo de Enriqueta Muñiz nos permite subrayar aquello que por lo general olvidamos de *Operación masacre*, que no es sólo un libro extraordinariamente bien escrito, ni un “reportaje” de una complejidad desconocida para la época, sino también una *intervención de archivo*: el expediente “Livraga”, los protocolos judiciales, los libros de anotaciones de la radio, las leyes y decretos, las sentencias, todo aquello que, en algún sentido, Walsh y Enriqueta revuelven son la condición de posibilidad de ver lo que ocurrió de un cierto modo y de decirlo como lo hace *Operación masacre*.

Historia
de
una
Investigación

I

Buenos Aires - Dic. 1956.

Esta es la reseña breve de una investigación policial en la que me metí con la misma alegre inconsciencia que impulsó a Walsh a ofrecerme mi parte de aventura. Quedan aquí nuestros movimientos, nuestros triunfos y nuestros sustos. Podríamos titular esta historia con el nombre que todos le dimos de común acuerdo desde el principio: "El caso Livraga o los Diez Fusilados de José León Suárez".

En los periódicos de la época está la crónica detallada de los sucesos. Aquí sólo tendrá lugar la parte anecdótica, lo que no saldrá en los diarios y que corre el riesgo de perderse para siempre. Walsh es un buen escritor: tal vez él recoja ese estupendo material de una manera digna. Entre tanto, estas líneas guardarán para mí el recuerdo vivo de una aventura llena de riesgos y emociones.

Día por día, esta suerte de diario irá desarrollando los pormenores de la investigación de un caso tenebroso, sombrío, terrible.

El caso Livraga

Un día, 14 de Diciembre de 1956, se le ocurrió al sobreviviente de un fusilamiento ilegal, presentar ante el Juez una denuncia contra el Jefe de la Policía de la Provincia. Ese sobreviviente (que presentaba dos heridas de bala y se decía inocente de todo delito) era Juan Carlos Livraga, nuestro primer personaje.

El martes 18 de diciembre, Walsh se encontró casualmente con un amigo, Enrique Dillon, quien le relató la increíble historia de diez fusilados inocentes, ajusticiados por la policía provincial en la noche del 9 al 10 de Junio de 1956.

Walsh se sonrió finamente. Su amigo se ofreció entonces a presentarle en persona al joven que había hecho la denuncia, a lo cual Walsh contestó, con su exquisito humor irlandés, que lo llamaría por teléfono al día siguiente, cuando se le hubiera pasado el efecto de la cerveza, para ver si persistía en su propósito. Por supuesto, Walsh no podía admitir la existencia de un caso tan novelesco en el po-

trísimo plano de la vida cotidiana, Pero el caso existía realmente: en la noche de la Revolución de la Plata, diez hombres (o acaso más), fueron fusilados sin más trámite. No se había promulgado aún la ley marcial y no había pruebas de que todas las víctimas fueran elementos subversivos. Detuvo a esos hombres el propio Jefe de Policía de la Provincia: Desiderio Fernández Suárez. ¿Fue error, terrible error? ¿Fue precipitación? ¿Fue "infamia deliberada", como lo sostiene muy razonablemente Walsh? La Justicia lo dirá, si la dejan.

Walsh no perdió tiempo: consiguió el texto de la denuncia y vino a Buenos Aires.

El 20 de diciembre a las 12 hs. y 25 minutos, yo era aún una persona pacífica. A las 12 y media, un extraño llamado de Walsh decidió que dejaría de serlo muy pronto. Walsh llegó excitadísimo. lo primero que dijo fue: "Encontré al perro mordido por un hombre", dirigiéndose a Weinberg. La segunda frase fue para mí: "Puedes empezar a buscarme un refugio en Buenos Aires". Ni Weinberg ni yo com-

prendimos. Esperamos en silencio a que Walsh sacara unos papeles de su inseparable cartapacio y anunciara en son de Triunfo: "¡Esto es dinamita!", lo cual hizo que Weinberg y yo lo miráramos un tanto circunspectos.

La "dinamita" pasó primero a manos de Weinberg: era una denuncia de tentativa de homicidio y daño contra el Jefe de la Policía Provincial. Me pareció completamente inútil e incluso contraproducente pedirle a Walsh que pensara con calma y me fui a almorzar.

Cuando regresé a la oficina, mi expeditivo amigo se había incautado de mi persona, de la máquina de escribir y de un sector de la sección propaganda, donde me dejó sola con abundante papel, carbónicos y la "dinamita".

¡Vaya si era dinamita! El escrito echaba humo. Mientras lo iba copiando a toda prisa (era muy largo y tenía que terminarlo antes de las 4 hs.), una duda se me instaló en el cerebro. ¿Sería verdad aquello? ¿Sería posible que aquel espantoso relato hubiera tenido alguna vez carácter de acontecimiento? Me faltaba

muy poco cuando Walsh, que había estado copiando otro documento en mi oficina, apareció por fin.

- ¿Qué te parece? - me preguntó.

- Brutal - le contesté sin vacilar. Y esa era la palabra exacta, en todo sentido.

Walsh me ayudó dictándome (e impacientándose cada vez que la velocidad me hacía trabar las teclas). A las 4 hs. había concertado una cita con Leónidas Barletta, el director de "Propósitos". Más tarde tenía que ir con Weinberg a la Revista "Qué".

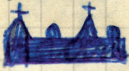

Lo vi después de ambas gestiones. Al parecer, Barletta hizo muy pocos comentarios pero se interesó muchísimo por los documentos. El primero de ellos era la denuncia de Divraga, que yo había copiado; el segundo, transcrito por Walsh, era el texto de las declaraciones del consejero socialista de la Junta Consultiva de la Provincia, Eduardo Schaposnik, sobre casos de torturas.

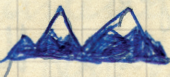
En la revista "Qué", Cúneo prometió a Walsh enviarle un repórter, Moreira Rojas, para

que trabajara con él en el "Caso Divraga" que ya empezaba a cobrar notoriedad en el mundillo periodístico. Sin embargo, conviene destacar que el grupo "Qué", e incluso el propio Weinberg, se fueron rezagando hasta prácticamente perder contacto con "el caso Divraga". Moreira Rojas no llegó a escribir una línea, ni "Qué" se animó a publicar nada.

La tarde del 20, Walsh me preguntó si yo era capaz de comunicarme con los directores de "Azul y Blanco". Él quería distribuir el material entre los principales semanarios de oposición, cualquiera fuera su color político. Suponía, con razón, que cuanto más extenso fuera el frente, menos peligro correrían los participantes en aquella aventura. Yo soy capaz de todo, mientras no se pruebe lo contrario: tomé bajo mi responsabilidad la copia para "Azul y Blanco". Al regresar a mi casa esa noche, llevaba orgullosamente una misión. No dejaba de extrañarme la insólita confianza que había depositado en mí el escéptico Walsh. Confieso que

hubiera preferido que me tragara la tierra antes que fracasar en mi gestión y darle oportunidad al terrible ironista para que se burlara de mí hasta el fin de los tiempos.

Fui a casa de Roberto , el hombre que podía ponerme en contacto con la gente de "Azul y Blanco", pero no lo encontré. Dejé dicho que me llamara temprano a mi oficina, al día siguiente. Roberto  es un joven nacionalista a quien conozco hace tiempo. Él era el indicado para llevarme hasta donde yo tenía toda intención de llegar: Mario Amades, Marcelo Sánchez Sorondo, Luis B. Cerutti Costa, Bonifacio Lastra.

El viernes 21 de diciembre  me llamó puntualmente. Convinimos en encontrarnos a las 3 de la tarde en una confitería del Once. Entregué a mi amigo la copia y le referí el caso en pocas palabras. Me miró un poco asombrado y llamó con un gesto imperceptible a un hombre sentado al lado de nuestra mesa. Era Spinelli, director de "La Semana Médica", del grupo nacionalista. Spinelli

era un hombre maduro, untuoso en su voz y sus maneras. Hablaba ~~por~~ lugares comunes y con tono que no admitía réplica. Sondeó con mucho cuidado mis opiniones políticas y trató inútilmente de convencerme de que Franco era maravilloso, Rojas era masón, Frondizi era comunista y finalmente, de que no hay nada mejor para los niños que la enseñanza religiosa. Objeté lo primero, pero no quise comprometer el éxito de mi gestión enfascándome en una discusión abierta.

Spinelli me prometió hablar con Sánchez Sorondo y Roberto me acompañó hasta la avenida de Mayo.

A las 5 y media, Walsh me llamó para decirme que estaba en la estación Constitución con Livraga. Este había ido a La Plata a declarar y los dos hombres regresaron juntos a la capital. Walsh llevaba en el bolsillo los apuntes de un reportaje a Livraga, hecho durante el viaje. No pude ir a Constitución, como hubiera sido mi deseo, pues esa noche nuestro amigo Venegas daba

un cocktail en su casa y como yo era la organizadora, no podía faltar. Walsh era uno de los invitados; llegó más tarde y me contó en pocas palabras cómo iban las cosas.

El domingo 23 de diciembre salió "Propósitos", con fecha 25. Barletta había adelantado la publicación para prevenir cualquier reacción de la policía. El semanario traía a toda página el texto de Schaposnik y la denuncia de Livraga.

El lunes 24, víspera de Navidad, Walsh vino a tomar una copa con nosotros. Convimimos en encontrarnos a las 4 hs., esa misma tarde para ver a Barletta. Yo había tomado previamente cita con éste para esa hora. Walsh pensaba, con razón, que el Teatro del Pueblo debía de estar vigilado, después de la publicación del terrible documento. Como él llevaba el reportaje a Livraga, no quería exponerse a que lo detuvieran con la mano en la masa. Encontré sola al Subruelo, sin papeles comprometedoras, y llevando un libro de Barletta.

de parte de la editorial, por si me detenían y me hacían preguntas. Me enteré de que no había peligro y salí a buscar a Walsh, que estaba un tanto nervioso. Se creía secuestrado, y había dejado una copia del reportaje en la Associated Press, a un tal Mr. Summerlink, para que se publicara en el extranjero en caso de que le pasara algo. Barletta nos recibió muy bien, pero no pareció muy inclinado a publicar el reportaje. Walsh y yo salimos un poco preocupados y al separarnos, nos deseamos con fuerza una feliz Navidad.

El asunto siguió estacionario hasta el viernes 28. Por la tarde, al regresar a mi casa, leí en "La Razón" el comunicado oficial de la Intervención Provincial sobre la publicación de "Propósitos" y el "Caso Livraga". Pedí un gin-cola, excelente para esa clase de circunstancias. El comunicado afirmaba que Livraga era un revolucionario detenido en la noche del 9 de junio durante un tiroteo con la policía. Amenazaba,

además, a quienes desvirtuaban los hechos por afán de sensacionalismo y anunciaba severos castigos para los culpables. Me asusté mucho, y quizá sin motivo. Pero confieso que fue el momento en que me sentí más inquieta, durante toda la investigación.

llamé inmediatamente a La Plata. Mi conversación con Walsh fue fulminante:

- ¿Has leído "La Razón"?

- No, ¿qué pasa?

- Algo.

- ¿Algo grave?

- Mejor harás en leerla, y venirme volando para Buenos Aires.

- ¡Pero dime qué pasa!

- La Policía desmiente el texto publicado y amenaza a los "sensacionalistas".

Walsh se rió:

- No te aflijas - respondió -. Se han puesto ellos solos la tapa. Están fritos.

Me lo dijo para tranquilizarme, pero con toda seguridad, él no estaba tranquilo. Con toda seguridad también, yo no lo estaba.